

EL REGANTE,

REVISTA SEMANAL

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Director, D. MARCELINO NAVARRO CARRASCO.

Precio de suscripcion.—En Lorca, un mes 25 céntimos de peseta.—Número suelto 5 idem.—Idem atrasado 15.—Dirección, Colmenarico, 15.

A LOS LORQUINOS.

Una nueva catástrofe ha venido á affigir de un modo horrible á una gran parte del territorio de nuestra Península. La tierra, conmoviéndose en sus profundos cimientos, ha destruido las edificaciones llevadas á cabo por la mano del hombre, y ha sepultado bajo sus pavorosas ruinas á multitud de infortunados hermanos nuestros, de desventurados compatriotas. Las provincias de Granada y Málaga, emporios de hermosura y de riqueza, gimen hoy bajo el peso de inmenso dolor, como en época no lejana gimió la provincia de Murcia, tan hermosa como aquellas, arrollada por las aguas de horrorosa inundación. Para nuestro infortunio se abrieron las cataratas del cielo, y dando rienda suelta á sus torrentes, no hubo compasión para nuestros campos, en donde el trabajo, los afanes y el capital, habian amontonado los elementos de nuestra vida: y nuestras tierras, y nuestros huertos se vieron inundados; el rico contempló la pérdida de su riqueza; y el pobre la del producto de sus fatigas; y muchos su propia vida. Para el de los hermanos que hoy gimen se abrieron las profundidades del abismo, y el hogar y las torres y los campos, las frondosas alamedas y la misma casa de Dios, se hundieron estrepitosamente al aterrador impulso de la tierra: y los montes fueron llanos, y los pueblos fueron ruinas, y los padres y los hijos, y los esposos y los amantes, dejaron de existir en un solo momento: sin que fuera obstáculo

para ello la consideración del cariño ni del amor que á unos y otros unía, ni la felicidad, ni del dolor: la hora del exterminio llegó para ellos, y todo volvió á su origen, convirtiéndose en deleznable polvo.

Pero no todos perecieron.

Aun quedaron algunos para ilorar la desgracia. Padres sin hijos, hijos sin padres, mujeres abandonadas, huérfanos, niños, ancianos; todos sin hogar donde guarecerse; sin abrigo en el rigor de un estremado invierno; sin pan que llevar á la boca; sin tranquilidad ni valor para huir del sitio del peligro. Y esos reclaman con justicia nuestro socorro y nuestra protección. Acordémonos de que ellos oyeron nuestras voces, y corrieron presurosos en nuestro auxilio; ellos fueron con nosotros caritativos, seamos nosotros con ellos agradecidos, que si hermoso es lo primero, noble es lo segundo. No haya para nosotros tranquilidad mientras no hayamos cumplido con este sagrado deber.

Nuestro augusto Monarca, la familia real, el gobierno, la prensa en masa, sin distinción de opiniones; las corporaciones, las individualidades, todos se agitan para prestar el auxilio; sea Lorca de las primeras poblaciones, sinó puede ser la primera, que abandonando su egoismo y su tranquilidad, y si es preciso su bien estar y su riqueza, vuela con todos sus recursos al alivio de los que sufren. Y al hacerlo, no haya mezquinas consideraciones que lo estorben. Ni la desconfianza, ni el recelo, ni el descrédito de otras veces, detengan

la mano que deposita el óbolo. La caridad manda: el agradecimiento obliga. Ni una ni otro reconocen límites, ni aceptan condiciones.

La prenda de ropa, el dinero, las vituallas; todo es aceptable, todo puede remediar el dolor y la necesidad que hoy sufren. Consideremos que en esta batalla donde no hubo mas que un enemigo que se presentó de repente, la muerte batió sus alas sobre el tembloroso campo, y confundiendo las familias, y las edades y los sexos, á ciegas y sin consuelo, en todas partes hundió su implacable guadaña, dejando en pos de sí la desolación y la miseria. Consideremos que han desaparecido mas de un millar de habitantes hermanos nuestros; y que los que quedan tienen que mendigar su sustento, su abrigo y su vivienda, pues han perdido mas de quince mil cabezas de ganado, cuatrocientas mil fanegas de trigo, cerca de mil casas, y entre sus ruinas, toda su propiedad. Llamémosles á nuestras casas, y ofrezcámosles abrigo y alimento, y ayuda generosa para rehacer lo perdido.

No hablamos de esta manera porque desconfiemos de los humanitarios y generosos sentimientos de esta población: antes por el contrario, nos consideramos el eco de todos y cada uno de sus habitantes, y como órganos de la opinión pública, somos en este momento la expresión sincera de los hidalgos sentimientos de todos nuestros convecinos.